

Carlos Esguerra, su señora y sus hijos; Guillermo Esguerra, su señora y sus hijos; Serafina Esguerra; Domingo Esguerra, su señora y sus hermanas; y Vicenta Esguerra y sus hermanas, saludan muy atentamente al señor don Carlos Lozano y Lozano, secretario del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y, profundamente conmovidos, le dan las gracias por la atenta esquila remisoria del Acuerdo aprobado por la Consiliatura, honrando la memoria del doctor Nicolás Esguerra, que habrán de conservar como cariñosa reverencia.

Los Esguerra, al rogar al señor Lozano y Lozano quiera aceptar el testimonio de su muy cordial admiración y simpatía, le suplican también, quiera hacerse intérprete de los sentimientos de gratitud de la familia Esguerra, para ante los señores Consiliarios, y, muy particularmente, para ante el señor Rector del Colegio, cuya amistad ha sido siempre motivo de orgullo para la familia y de consuelo en esta hora de tribulación.

Bogotá, enero 24 de 1924.

Al señor don Carlos Lozano y Lozano, secretario del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

## PROBLEMA SOCIAL

La influencia social que ejerce el libro ha preocupado con razón a los moralistas y aun a los legisladores, y decimos con razón, porque el libro, después de la palabra viva, ha realizado las más serias revoluciones sociales.

El hombre, en sus anhelos por lo infinito, insatisfecho con la simple realidad que lo rodea, ha buscado en lo maravilloso, desde la más remota antigüedad, nuevos campos para su ambición de saber. Los cuentos egipcios, las primicias del género en la literatura uni-

versal, coleccionados por Maspero; los apólogos orientales, ricos en fantasías; las narraciones insuperables de los árabes, son obras que siguen siendo, continuamente modificadas al través de los siglos, el tema de los cuentos y de las grandes novelas contemporáneas.

La influencia del libro es indiscutible: el *Quijote* acabó con los libros de caballería; el *Emilio* de Rouseau, fue el cimiento en Francia de la educación anticristiana; las obras de Víctor Hugo, prepararon el camino a los horrores de la Comuna; los escritos del conde León Tolstoy, son los precursores del bolcheviquismo ruso; los *Bandidos* de Schiller, llevaron a muchos jóvenes al crimen; el *Werther* de Goethe y *El triunfo de la muerte*, han conducido a no pocos al suicidio; *La cabaña del tío Tom*, por Mrs. Beecher Stowe, influyó decisivamente en la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos; las obras del admirable Pierre Loti, acabaron con el misterio de la belleza y con la esclavitud de las mujeres de los harenes turcos, y así de muchos otros libros.

Ahora preguntamos: ¿a dónde llegará nuestro pueblo con la lectura de los innumerables libros pornográficos que hoy por dondequiera se le venden a bajísimos precios?

Como una verdadera infección, más peligrosa para las almas y para los cuerpos que la terrible epidemia que recorrió casi todo el mundo segando la humanidad en 1918, es la invasión de la literatura policíaca y pornográfica.

El libro de espíritu villano, de doctrina deletérea, de sugerencias torvas, el libro que acaba con la modestia y con la honestidad, el libro fácil de llevar por todas partes, el libro que hace perder la inocencia de las almas sin acabar con la ignorancia de éstas, luce sus coloreadas carátulas de escenas atrayentes para el criterio simplista de la gran masa del pueblo. Libros

torpes que destilan el corrosivo veneno que destruye en sus lectores desde las fuerzas físicas, desde la noble voluntad, hasta las ilusiones alentadoras y los levantados ideales que invitan a la conquista honrada del bienestar y de la gloria.

Libros peores que amigos pervertidos, que ostentan a la luz de las bombillas en las vitrinas de las librerías sus atractivas carátulas y nombres llamativos, de espíritus más negros que la noche. Como serpientes emboscadas listas a deslizarse en el ánimo de los lectores incautos y banales, esperan el triunfo inglorioso y demoníaco sobre las almas simplistas. Triste celebridad de quienes desgarran la inocencia inerme de una juventud que no tiene a su alcance los libros buenos y sabios. Progenie maldita la de los libros perversos, hermana de Caín y de Judas. Ni Calibán que personifica la perversidad en el teatro de Shakespeare, es más repugnante—pues Calibán es un diablo—que estos libros de autores anónimos en los campos del arte, libros en donde, con agradables sugerencias, se da el triunfo a las pasiones reprobadas, a las pasiones contrahechas; libros en donde tienen su apología las pasiones que se arrastran, que silban; libros que revelan las pasiones que se esconden, que babeán, que detestan la luz y que las hemos visto retorciéndose en los terríficos círculos concéntricos del infierno dantesco. Libros astutos para perder a los pobres ignorantes y a los ignorantes pobres.

Y no es que se prescriba el triunfo continuo de lo bueno, contra la enseñanza frecuente de la experiencia, lo que sería poco menos que hacer imposible la novela. El mal tiene derecho a triunfar en más de las tres cuartas partes del género humano, pero no tiene derecho para enaltecerse y presentarse con tan atraentes aspectos que aparezca preferible a la virtud. El triunfo del mal,

dice Revilla, «será de tal suerte, que su victoria inspire más horror que inspiraría su castigo.»

Ya dijo un autor, que esa fracción de juventud vieja, envenenada de escepticismo, rellena de malas pasiones, cínica, brutal, alimentada de cobardías morales y de ambiciones de ave de presa, que se ríe de la generosidad y que trata de hacerse un pedestal de la ironía, no es en parte, más que una esclava de cierta literatura. Para estar a la moda es necesario ser moralmente viscoso. Los héroes de las novelas están ahí para atestiguarlo. Y los pobres ilusos, después de haber quemado una vida, un talento, en fuegos artificiales, se aperciben (demasiado tarde, desgraciadamente) de su error. Pero les es imposible volver atrás. Están prisioneros de sus llagas, de sus «literatismos.»

Pudieron ser fuerzas vivientes, brazos del porvenir, vigorosos removedores del ideal, pudieron trabajar por el bien común y por el arte, que se confunde en los límites con la justicia, pero tropezaron en el umbral con un mal autor y se desangraron en un baño frío.

Se ofrece la oportunidad al señor Ministro de Instrucción Pública para oponer a los libros sembrados de plantas venenosas, la falanje de los libros buenos, de los libros clásicos, de los libros de industrias, de los libros que traerían un renacimiento de lo bueno, de lo bello y de lo útil.

Que el señor Ministro con la divulgación de libros buenos y baratos, acabe hoy con los desgraciados libros pornográficos, así como Hércules acabó con la Hidra de Lerma de siete cabezas.

RAMON ZAPATA O.

